

LOS VETERANOS DE CABRITA

Magdalena Valenzuela Guzmán
Huelma.org



Los Veteranos de Cabrita

En la década de 1980, cinco vecinos de la pedanía de Cabrita aficionados a la música, cuando ya rondaban los cincuenta años de edad, formaron un quinteto de cuerda que interpretando música popular, amenizó bodas, carnavales y fiestas durante más de una década.

El grupo estaba compuesto por:

Antonio Alcalá García, tocaba el laúd. Nacido en 1934, casado con Providencia Justicia en 1959, falleció en Huelma en 2018.

Francisco Fernández Pardo, tocaba el laúd. Nacido en 1927 y casado en 1955 con Manuela Lirio Lorite es uno de los dos integrantes del grupo que aun viven.

Diego León Bayona tocaba la guitarra. Nacido en 1934 se casó dos veces, la primera en 1954 con Ana León y cinco años después con Francisca Pardo, falleció en 2018.

Juan Manuel León Bayona, hermano del anterior, tocaba el violín. Nacido en 1932 y casado en 1958 con Juana Guzmán Martos, falleció en 2016.

José León Guzmán tocaba el violín, es el más joven de los integrantes, nació en 1940 y en 1968 se casó con María Antonia Martos Bayona, es el otro integrante que aún vive.

Todos ellos desde muy pequeños eran amantes de la música, tenían un talento innato para aprenderla, además de buen oído musical.

Aunque nunca pisaron un conservatorio ni escuela de música, algunos si que recibieron clases de otros vecinos que ya sabían tocar un instrumento. Ese es el caso de Antonio Alcalá, al que enseñó a tocar el laúd un vecino de Huelma apodado “Saco

Papas” y el de José León Guzmán a quien Miguel Martínez le enseñó a tocar el violín cuando tenía 14 años.

Antes de formar el grupo, todos ellos, individualmente o en dúo, habían actuado en fiestas celebradas en los cortijos de Cabrita. Y es que, según me cuentan, en los años 50 del siglo pasado, no estaba bien visto que las jóvenes se relacionaran con los chicos de su edad, por lo que estos, cuando estaban interesados en una muchacha, para poder acercarse a ella, solían organizar un baile en algún cortijo cercano al que vivía la joven pretendida, para así garantizar su asistencia, e invitaban a todas las chicas que residían cerca.

Para el baile, el joven interesado, contrataba a uno de estos músicos, y el día señalado, que solía ser un domingo, acudía con sus amigos al baile y mientras el intérprete tocaba su instrumento a ritmo de pasodobles, polkas y valeses, el pretendiente aprovechaba para sacar a bailar a la chica que le gustaba y declararle sus intenciones, y si la chica accedía y se iban entendiendo entre ellos, al final, si los padres de la muchacha también estaban de acuerdo, se hacían novios.

Y eso que acercarse a una chica, aunque fuese en el baile, no era nada fácil, porque para preservar el honor femenino, las jóvenes acudían acompañadas de sus madres, que permanecían atentas a que ningún mozuelo se sobrepasara, arrimándose más de lo correcto y llamando al orden si era necesario.

Me cuentan, entre risas, que a la vuelta de estos bailes, ya de noche y alumbrando con faroles el camino, las madres iban interrogando a sus hijas, sobre con quien habían bailado y de que habían hablado, y si el pretendiente no era del agrado materno, no tenía nada que hacer, o sea, que para llegar a buen término el noviazgo el mozuelo le tenía que gustar a la hija y a la madre.

Esa era la forma habitual con que se formaban las parejas en nuestro pueblo hasta los años 60 del siglo pasado, por lo que hay que reconocer la gran labor social que tenían estos bailes, sin ellos y sin los músicos que los hacían posible, muchos de nosotros no estaríamos quizás en este mundo.

Cuando la sociedad española evolucionó, se hizo más moderna, y las chicas alcanzaron mayores cuotas de libertad, que les permitían relacionarse con personas de otro sexo sin necesidad de bailar delante de sus madres, estos bailes en cortijos desaparecieron y nuestros cinco músicos, que ya tenían una dilatada experiencia, decidieron formar el grupo y poner música en fiestas y ferias.

En realidad, la historia de este grupo es la historia de cinco amigos y vecinos a los que unía su amor a la música, que se reunían en la casa de uno u otro, con sus respectivas familias, para ensayar juntos mientras disfrutaban de unas cervezas y unos vinos en compañía.

Según me cuentan sus esposas, estos días de ensayo las familias lo vivían como una fiesta y servían para estrechar lazos de amistad.

Mientras ellos ensayaban, ellas charlaban, se tomaban un refresco y preparaban la “ligá” de la noche, que consistía en compartir unos vinos con los aperitivos que cada familia aportaba y que se ponían en común sobre la mesa. Cuando el ensayo terminaba, los músicos se les unían, y según me cuentan, se lo pasaban muy bien, con lo que las veladas se prolongaban mucho tiempo después de la cena.

Una vez formado el grupo, resultó que tuvo mucho éxito, y los llamaban para actuar no solo en Huelma, también en los pueblos de los alrededores, tal fue así que tuvieron que pensar en ponerse un nombre para anunciarse en los carteles publicitarios, porque hasta entonces no lo tenían, y dada la edad media de los integrantes se decantaron por llamarse “Los Veteranos de Cabrita”.

También tuvieron que comprar micrófonos, altavoces y un amplificador, aparatos que hasta entonces no habían utilizado nunca, pero fue necesario invertir en ellos para que su música se escuchara bien cuando actuaban al aire libre en la plaza de los pueblos.

Los Veteranos de Cabrita salieron dos veces por televisión: la primera en “Tal como somos” en los años 90 y la segunda en 2003 en el programa “Mira la Vida” donde además fueron entrevistados.

Según me dicen sus familiares, el grupo nunca fue un negocio para ellos, todos trabajaron toda su vida como agricultores y lo de tocar era sólo una afición, pero nunca vivieron de la música.